que comunmente se le da, no precisamente en la esfera científica, sino entre la generalidad de los hombres. Porque conviene no perder de vista que quien determina el sentido de las palabras hasta en sus mas delicadas diferencias, hasta en sus mas imperceptibles modificaciones, no son los sábios, sino el comun de los que hablan la lengua. Hay en esto un fenómeno singular que hasta raya en misterioso, pero cuya ecsistencia es indudable para quien se haya dedicado alguna vez á ese linage de observaciones. Las palabras, tales como se las emplea comunmente, encierran un fondo de verdad y de esactitud, que asombra. No pocas veces caemos en error por empeñarnos en darles un sentido diferente del que les da lo que llamamos vulgo; son, por decirlo así, como una moneda corriente, acuñada de tal manera, que bastando para el uso comun y para distinguirla á la primera ojeada quien la necesite, cuando se quiere ecsaminarla con ojos científicos, se le atribuye no pocas veces un valor que no tiene. Sucede á menudo á los que quieren apartarse de la significacion comun de las palabras, lo que á ciertos anticuarios, que preocupados de su erudicion y saber, se imaginan descubrir en lineamentos medio borrados, los signos que caracterizan paises remotos y épocas lejanas.

Ahora bien, ¿en qué sentido suele tomarse la palabra literatura? ó mejor diremos, ¿á qué objetos se la aplica? y esta segunda cuestion es seguramente mas á propósito que la primera, pues que nos acontece á menudo que estando vacilantes sobre el verdadero sentido de una palabra, inciertos y dudosos sin saber cómo fijarle, si se llega á una aplicacion, si se hace uso de la palabra para designar ó calificar un objeto, decimos desde luego que está bien empleada ó no, y eso de golpe, sin rodeos, sin ecsámen, no mas que por una especie de instinto, y casi siempre con admirable acierto. Sucédenos lo mismo que cuando hemos visto un hombre, y nos vemos precisados á señalar los rasgos de su fisonomía: quizás no acertamos siquiera á señalar uno; pero si se nos ofrecen á la vista diferentes personas, diremos siempre con toda seguridad, si alguna de ellas es ó no la que antes habiamos visto, y cuya fisonomía no acertábamos á caracterizar.

Hagamos aplicacion de esta doctrina á la cuestion que nos ocupa. Sabido es que la palabra literatura, no se aplica nunca sino á la espresion del pensamiento de palabra ó por escrito; así, todo lo que salga de este círculo, no viene comprendido en la voz literatura. Tampoco se comprende en esta palabra lo que solo tiene relacion con las ciencias propiamente dichas, es decir, lo que se endereza á la pura inteligencia. Un ejemplo lo hará mas sensible: tómese una obra de matemáticas, de ciencias físicas, de metafísica y hasta de ciencias morales; ¿bajo qué aspecto entra esa obra en el círculo de la literatura, y se sujeta al tribunal literario? Mientras se trata de ecsaminar el valor intrínseco de la obra bajo el aspecto puramente científico, es decir, mientras se fija únicamente la atencion sobre el producto de la inteligencia, las proposiciones que se asientan, los principios en que se fundan, los razonamientos con que se apoyan, las consecuencias que se deducen, en nada de esto se entremete la literatura, se reconoce incompetente: y nadie dirá que ecsaminada la obra bajo dicho punto de vista, se la considere en sentido literario. Pero se pasa á ecsaminar el lenguaje, el mérito del estilo, la parte de belleza, de interés de la obra, entonces hemos entrado ya en el terreno de la literatura; así es que decimos que tal obra tiene un escelente mérito científico, pero que es miserable bajo el aspecto literario; y que cuando se reunen las dos circunstancias, el fondo de la ciencia y la manera agradable é interesante de presentarla, decimos que el escritor se ha manifestado tan sábio como buen literato. ¿Quién impedia que Buffon hubiese publicado sus obras llenas de datos científicos y de observaciones filosóficas, pero sin el interés de los cuadros, sin la belleza de las descripciones, sin la elegancia de su estilo, sin el encanto de su elocuencia? Entonces tuviéramos en Buffon un escelente naturalista y un mal literato. La ciencia le deberia mucho; la literatura nada.

De estas consideraciones se infiere, que la literatura comprende la espresion del pensamiento hablada ó escrita; pero que no es esto lo que la constituye, sino el ser considerada esta espresion, no precisamente en cuanto se dirige al puro entendimiento, sino en cuanto es bella, ó sublime ó interesante; en una palabra, en cuanto de un modo ú otro afecta el corazon ó la fantasía.

Fácil me fuera desenvolver este pensamiento, haciendo de él innumerables aplicaciones; pero como no es este el lugar de hacerlo, dado que me alejaria del objeto que me propongo, me basta haber presentado esta indicacion, siquiera para que no pueda decirse, que combatiendo las opiniones agenas, he mantenido la mia en cautelosa reserva para que no pudiese ser atacada.

Pasando á las otras palabras que entraban en la cuestion que nos ocupa, diré que si no era fácil determinar lo que se entiende por literatura, quizás lo fuera menos todavía fijar el verdadero sentido de las demas. En efecto, se habla de espíritu del siglo actual: ¿qué es este espíritu? ¿qué es este siglo? Si tomamos la palabra *espíritu* en su acepcion mas óbvia, atendido que aquí se la emplea en sentido metafórico, deberemos decir que espíritu del siglo es el

principio que hace mover el siglo, ó bien el conjunto de causas, que combinadas entre sí, y dando impulso al siglo, le comunican cierta tendencia principal que eclipsa y domina todas las otras. Pero ahora, para determinar este principio, para señalar este conjunto de causas que se combinan y se aunan, es necesario que se sepa qué es el siglo actual, y á qué pais nos referimos, de qué época tratamos, porque es necesario confesar que este siglo, jóven como es todavía, pues no ha llegado aún á la mitad de su carrera, ha presentado ya fases muy diferentes. Francia, Alemania, Inglaterra, España, Italia, son paises todos importantes en el mapa de Europa, todos reclaman consideracion cuando se quiera ecsaminar el espíritu del siglo actual, y sin embargo, en todos estos paises la situacion de los espíritus es muy diferente; no solo por lo que toca á la índole y al carácter propios de cada nacion, sino tambien por lo relativo á las doctrinas y á la tendencia de los ánimos, así en el órden religioso, como en el social, en el político, en el científico y literario.

Pero se nos dirá: si quereis comprender un sistema, colocaos en el centro; entonces, abarcando de una ojeada todo el conjunto, no encontrareis las partes tan anómalas y discordantes. Pero yo preguntaré: ¿dónde está ese centro? ¿es la Francia? A buen seguro que no le permitirá tal dictado la Alemania, que ufana de lo que ella apellida su filosofia, pretenderá ser el verdadero centro, la fuente de la inteligencia europea, la piedra de toque del espíritu del siglo. Añadirá que ella es quien inspira á la Francia, quien reanima su filosofia, quien le ha dado su Cousin y su La-Mennais. Si os volveis de parte de la Alemania, y reconoceis allí el centro de Europa, la Francia protestará contra semejante preferencia, diciéndoos que una idea no se generaliza en el mundo civilizado hasta que ha recibido de la inteligencia francesa un sello humanitario y cosmopolita: que ella es la encargada de llevar á cabo todas las revoluciones que cambian la faz del mundo; que su lengua se ha difundido por todos los paises del orbe, ejerciendo en cierto modo las funciones que en otro tiempo cupieron á la latina; os dirá, en fin, que el fuego y el entusiasmo que distinguen á la nacion francesa, son lo mas á propósito para hacerla servir como de corazon al mundo civilizado; corazon de donde se comunica á las otras partes el calor y la vida.

Y ¿creeis, por ventura, que la Inglaterra se mantendrá fria espectadora en la contienda? ¿ella, que dirá haber precedido á todas las demas naciones de Europa en la conquista de la libertad política, haber sido la primera que planteó el sistema de tolerancia, la que ha dado el vuelo á la industria y comercio, produciendo con este impul-

so una revolucion social, cuyas consecuencias son incalculables?

Sea de esto lo que fuere, supongamos, para salir de embarazos, que la Francia se considere como el centro del mundo civilizado, y que nos propongamos conocer por este medio el espíritu del siglo. Hecha esta suposicion, todo al parecer se allana, y ya no queda mas que echar una ojeada sobre la Francia, para formarse idea del espíritu del siglo. Vana esperanza: una sola pregunta va á desconcertarlo todo, á disipar todas las ilusiones. En Francia, preguntaré, ¿quién es el siglo? ¿dónde está? ¿quién lo representa? Recorred la religion, la política, la ciencia, la literatura, los intereses materiales; preguntad á todos los partidos, á todas las escuelas, ¿dónde está el siglo? ¿quién lo representa? Todos pretenderán que está entre ellos, que ellos son sus únicos representantes, sus legítimos apoderados. De suerte que no parece sino que el siglo es un ser misterioso, que se complace en mantenerse oculto, en mostrarse ambiguo, teniendo como asalariados un sinnúmero de agentes que pretenden hablar y obrar en su nombre. Preguntad á los partidos que están en el poder, y os dirán que todo cuanto en torno de ellos se agita, todo lo que se les opone, todo es absurdo, todo es incalificable, un verdadero anacronismo; pues que ó pertenece á los siglos pasados, ó debe reservarse para los venideros. Preguntadlo á los partidos que pretenden el poder, y os dirán que ellos son los hombres del siglo: todo lo que se hace fuera del círculo de sus ideas, todo lo que se edifica fuera del recinto por ellos señalado, todo es flaco, perecedero, sin porvenir, porque el espíritu del siglo, es decir, el suyo, no lo consiente, lo resiste, y á no tardar ha de levantarlo por los aires como el soplo del viento un monton de arena. Remontaos á la ciencia, entrad en su esfera mas elevada, en aquella esfera en que ecsamina las cuestiones mas altas, en que se ocupa de lo pasado y de lo presente, arrojándose con atrevido vuelo á penetrar en las profundidades del porvenir. Encontrareis en primer lugar esa filosofia importada de Alemania, que predicando su alianza con el cristianismo, pero con un cristianismo sin base, sin dogma, sin forma alguna, pretende poseer el secreto de los destinos de la humanidad. Hasta ella nadie habia comprendido la marcha de los acontecimientos, nadie habia alcanzado fijar los destinos del humano linage, nadie habia señalado el sendero por donde se encaminaba; ella sola es el siglo, ella sola le representa, ella sola comprende el verdadero sentido de las pomposas palabras *libertad, igualdad, tolerancia, humanidad*, solo ella *presiente el porvenir:* ese porvenir grande, feliz, poético á que se abalanza con los brazos abiertos, con la luz en la frente y la esperanza en el corazon. A sus ojos, es nada todo lo que

no es ella: el Catolicismo es cosa que ya pasó, que murió al aparecer el protestantismo, que no ejerce ninguna influencia sobre los espíritus, que de nada sirve en el curso de los acontecimientos, casi indigna de ser mentada actualmente: tanta es su pequeñez, su esterilidad, su nulidad. El protestantismo, objeto de algun mayor miramiento, quizás por aquella especie de respeto natural que inspiran siempre los padres aun á los hijos mas desnaturalizados, es, sin embargo, una escuela caduca, buena para una época de transicion, pero absolutamente incapaz en la época presente para contribuir en lo mas mínimo á la grande obra del porvenir. La filosofía denominada Ecléctica, bien que iniciada tambien en los principios, en los misterios de los filósofos alemanes, no ha comprendido tampoco su mision; ha aceptado un respeto hipócrita por alguna de las tradiciones establecidas, y distinguiendo la religion de la filosofía, ha olvidado el alto descubrimiento que acaba de hacer la ciencia, á saber, que el cristianismo no es mas que una especie de ramo de la filosofía, que no tiene de divino mas de lo que á ésta le pluguiere otorgarle, y que si quiere conservar su ecsistencia, le es preciso acomodarse resignado á la forma que ella le señalare, absorviéndose la religion en la filosofía como las aguas de un rio en la inmensidad del océano.

Ahora bien: esta filosofía tan llena de orgullo y pretensiones, que así se levanta en juez único de todo lo presente y lo pasado, que así se ostenta cual un Dios leyendo el porvenir; esa filosofía que desgraciadamente tanto ruido mete en la literatura, y que en los rangos de ésta ocupa no pequeña parte; esa filosofía, repetiré, ¿es el siglo en Francia? ¿es ella la que representa el espíritu del siglo? Quien rechaza todas las tradiciones mas venerandas, quien desprecia todas las instituciones ecsistentes, quien pretende vivir en un porvenir que nadie conoce, y ella menos que nadie, ¿puede espresar el espíritu de una nacion que por lo mismo que ecsiste, por lo mismo que tiene elementos de vida, no puede romper bruscamente con todo lo pasado, debe resignarse á su suerte en lo presente, y dejar á la Providencia el arreglo del porvenir de las generaciones venideras?

Si escuchamos á ciertos hombres, si nos atenemos á la enseñanza que con tono ofensivo, de puro magistral, nos dan ciertos escritores, será menester que reconozcamos el espíritu del siglo tan solo en esa escuela, debiéndole acatar en todas partes, sea cual fuere la forma literaria bajo que se presentare. Sin embargo, fuera desconocer el siglo el dejarse alucinar por la ostentacion orgullosa de esa escuela que todo pretende saberlo, que se empeña en descifrar los

misterios de lo pasado y revelar los arcanos del porvenir. *Transformacion, progreso, perfectibilidad, regeneracion*, y otras palabras semejantes que se emplean sin cesar, no bastan á satisfacer un espíritu sólido. Necesario es decir cuál debe ser esta transformacion, que con tanto énfasis se anuncia, cuál la nueva vida á que nos ha de conducir esa regeneracion misteriosa, cuáles esos nuevos destinos que aun aquí bajo en la tierra, se pronostican á la humanidad. Direis que no lo veis claro, pero que los presentís con certeza; pues entonces será menester replicaros que vuestra filosofía no se eleva tan alto que justifique vuestras pretensiones. Si presentís algo de fijo, decidlo: si no presentís mas que mudanzas, sin poder asegurar cuáles serán éstas, todo el mundo las presiente con vosotros, pues que no hay hombre de comprension elevada que no esté persuadido de que la humanidad está en vigilias de revoluciones inmensas. ¿Serán éstas pacíficas, ó correrá en ellas la sangre? ¿cuál principio quedará dominante? ¿qué ganará con ellas la humanidad? ¿dónde comenzarán? ¿cuál será el acontecimiento que provocará su desarrollo? He aquí lo que todo el mundo ignora, inclusos vosotros: he aquí lo que solo Dios sabe; Dios, á cuyos ojos está presente lo pasado como lo porvenir.

El siglo actual, con respecto á las ideas, es un verdadero caos; y si la literatura debe ser su espresion por necesidad, ha de tener tambien una fisonomía incierta, variada; siendo muy difícil designar un rasgo bien pronunciado que la caracterice. Así vemos en ella obras morales y otras inmorales, cristianas y anticristianas, religiosas é irreligiosas, llenas del gusto de los goces materiales y rebosantes del mas elevado espiritualismo; vemos publicaciones frívolas hasta la puerilidad, al lado de otras altamente sérias y graves; y todos estos partos del ingenio, abundan, se multiplican cada dia, se cruzan y se chocan en todas direcciones, por manera que se hace sumamente difícil seguirlas con la atencion, y será poco menos que imposible escribir su historia.

Algo hay, sin embargo, que distingue esta literatura de todas las que la han precedido. Esto consiste en que su *objeto preferente es la sociedad*. Que ria ó que llore, que levante al cielo un himno de alabanza, ó que blasfeme como un mónstruo del abismo, que juguetee como un niño, ó que haga resonar un acento profético, que analice los hechos mas complicados, que se ocupe de las ideas mas abstractas, ó que se espacie por un campo llano y ameno, retratándonos escenas apacibles, siempre, en todos casos, ó directa ó indirectamente, se ocupa de la sociedad.

Ningun escritor se cree dispensado de este deber, ó quizás á na-

die es dado dejar de cumplirle. No parece sino que hay una necesidad irresistible que conduce al ecsámen de las cuestiones sociales. Cuando se leen los autores de otra época, se observa que son hombres cuyo entendimiento piensa, pero cuyo corazon está tranquilo. Son como los astrónomos, que contemplan las revoluciones de los astros desde un observatorio quieto y silencioso. Pero los escritores de nuestro siglo se asemejan al observador que contempla el universo desde la frágil tabla encomendada al capricho de las olas: fija alternativamente su vista sobre los astros que le ocupan; pero dando con frecuencia una mirada inquieta al movedizo elemento que bate los costados de la nave, y al punto del horizonte donde teme descubrir señales de borrasca.

No creo que pueda descubrirse otro carácter mas pronunciado en la literatura actual: este se encuentra en los escritores de todas opiniones. ¿De dónde nace? Si yo hubiese de señalar su orígen, diria que proviene, no del *espíritu del siglo*, sino *de la situacion del siglo*.

Paris, 20 de Junio de 1842.

DE LA INGLATERRA.

Siguiendo la línea de conducta observada hasta aquí, de decir de vez en cuando cuatro palabras sobre lo que mas llame mi atencion, con tal que esté en analogía con el objeto de nuestra *Revista* (1), voy á hacer algunas indicaciones, fruto de mi corto viage á Inglaterra. Poco diré sobre la viva impresion que causa la vista del asombroso desarrollo material de aquel pueblo. Parece, en efecto, que le ha sido dado un especial dominio sobre los elementos, y que posee en el mas alto grado el secreto de aplicar la materia á todos los usos de la vida. La vista del Támesis, cubierto de infinitas velas, y surcado sin cesar por un sinnúmero de barcos de vapor, ofrece á la vista un cuadro el mas grandioso que imaginarse pueda; así como los *Docks* de Santa Catarina, los de Lóndres y los de la India, junto con el colosal trabajo del *Tunnel*, atestiguan al viagero el estraordinario poderío de la reina de los mares. Al atravesar el Tunnel, al adelantarse por aquel inmenso corredor iluminado de gas, teniendo á la derecha el otro corredor todavía incompleto, oscuro, donde resuenan sin cesar las goteras del agua que se filtra en abundancia; al escuchar el ruido de las máquinas, que colocadas á la entrada de la honda escalera por donde uno ha descendido, estraen de continuo el agua que se ha filtrado; al observar la construccion irregular de los arcos, cuya posicion misma parece presentar de bul-

(1) Alude el Sr. Balmes á la *Revista filosófica, política y literaria*, que publicaba el año de 1842 en Barcelona, asociado con el distinguido literato el Sr. Roca y Cornet, y el malogrado jóven el Sr. Ferrer y Subirana. (Nota del editor.)